

emilio oribe

la
transfiguración
del cuerpo



1930

palacio del libro

montevideo - buenos aires

POESÍA DE EMILIO ORIBE

EL NARDO DEL ANFORA 2. ^a edición	1915
EL CASTILLO INTERIOR 2. ^a edición	1917
EL HALCONERO ASTRAL Y OTROS CANTOS 2. ^a edición	1919
EL NUNCA USADO MAR 2. ^a edición	1922
LA COLINA DEL PÁJARO ROJO 2. ^a edición	1925
LA TRANSFIGURACIÓN DEL CUERPO	1930

EMILIO ORIBE

LA
TRANSFIGURACIÓN
DEL
CUERPO

POESÍA

MONTEVIDEO
PALACIO DEL LIBRO
1930

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE « LA TRANSFIGURACIÓN DEL CUERPO » DE EMILIO ORIBE HA SIDO TIRADA EN LA SIGUIENTE FORMA:

10 EJEMPLARES EN PAPEL DE HOLANDA « A LA CUBETA », NUMERADOS A MANO DEL N° 1 AL N° X;

100 EJEMPLARES EN PAPEL PLUMA « VERGÉ ANTIQUE », NUMERADOS A MÁQUINA DEL N° 1 AL N° 100, FUERA DE COMERCIO;

1000 EJEMPLARES EN PAPEL PLUMA « VERGÉ ANTIQUE », NUMERADOS A MÁQUINA DEL N° 101 AL N° 1100,

TODOS LOS CUALES CONSTITUYEN LA EDICIÓN ORIGINAL.

EJEMPLAR EN PAPEL PLUMA N°

728

ES PROPIEDAD
RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS
1930

COPYRIGHT BY PALACIO DEL LIBRO
MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES

EL CANTO CELESTE Y PERDIDO

*N*o alces mucho
Tu canto a las estrellas.

*Que tu canto vaya más alto apenas,
Que el corazón del hombre,*

Y nada más!

*Que tu canto vaya más alto apenas
Que la frente del hombre,
Y nada más!*

Pero, muy alto, no!

*El arquero ejemplar
No lanza su flecha
Verticalmente al cielo.*

*La hace describir
Una larga y graciosa curva,
Sobre la tierra.*

*Una flecha lanzada hacia el zenit,
Puede caer de nuevo
En el antiguo sitio de la aljaba.*

*...Y sin que en la memoria de los hombres
El testimonio quede,
De aquel viaje celeste!*

Pobre e inútil flecha así arrojada!

*Ya tu canto,
Corre el riesgo de ser,
Pues lo levantas mucho de los hombres,
Esa flecha lanzada hacia el zenit.*

ALLÁ, POR LOS ORÍGENES....

Los viajeros
Vimos, desde el tren.
Cómo llovía aquella tarde.

Una lluvia cerrada y cálida.
Que desbordó en los pequeños arroyos.

Bruscamente,
La tormenta inundó las colinas,
Y huyó, con su relámpago en rehenes.
Y el tumulto del eco azul profundo.

Después de la tormenta,
Cuando pasamos frente al sacro río,
Nos apresuramos a mirar
 La inundación! La inundación!

Con asombro vimos
Que el cauce estaba tranquilo,
Como siempre.
 Serenos y limpios, era
Un espadón de cielo con diamantes
Fatigados,
A ras de tierra.

Es que el río sagrado lleno de islas,
Como el poeta,
 Sólo se agiganta,
Y se desborda,
Con muy grandes lluvias,
 Allá, por los orígenes!

Con muy grandes tormentas invisibles.

LOS PÁJAROS DE ORO

CUANDO oigo música,
Y de pronto retorno a realidad
No me conozco.

Hallábame, Transfigurado
Y a una gran distancia,
De las formas presentes...

Con la música,
Realizo siempre viajes infinitos.

Un esclavo indígena de ojos sombríos,
Se despierta en mí,
Y rompe fácilmente las pesadas cadenas.

O bien, la música,
Es un divino subterfugio
Que me hace navegar en mi memoria!

Recordar, bajo el ritmo de la música,
Es para mi,

Viajar;

Tomar los equipajes

Y embarcarme, feliz,

Por la memoria,

Igual que en transatlántico de lujo.

¡Ah! Mi memoria,

Con el vino o la música,
Compórtase como un valeroso navío,
En marcha...
Adiós!
Adiós!

Fuera de eso, recordar es triste;
Es el destierro de los dioses!

Suele ser

Lo mismo que viajar como galeote,
O en clase de inmigrante,
Regresar al país, y derrotado!

Siempre la música es la libertad.

¿Y en caso de crear,

O imaginar

En vez de recordar?

Ah, las no esperadas bellezas!

¿Y como no queréis que todo olvide,
Por la música,
Si ella en el misterio de mi carne
Liberta maravillas?

¿Si la música, entonces,
Es la piedra que el niño arroja
Contra el árbol oscuro,
Para ver volar
Pájaros de oro
Que van a las estrellas?

DESOBEDIENCIAS

A mis pies corre el río sagrado,
El río indígena y silencioso,
Con su segura marcha
De olas grises.

Una sabia, lenta creciente
Lo desborda, y en él,
Árboles, trozos de cabañas,
Nidos de pájaros,
Disciplinados van...

En la orilla,
A mi lado hay remansos,
Con agua turbia e inmóvil.

Allá lejos,
El gran caudal heraclitano en marcha!

De los remansos
Inmóviles como ojos de los muertos,
Veo aparecer,
Sin embargo,
Pequeñas corrientes,
En sentido contrario a la gigante
Corriente central.

A mi frente,
Corre el gran río
De los hombres,
Unánimes!

Los solitarios,
Los videntes,
Los enfermos,
Yo, entre ellos!
Alimentamos pequeñas ideas,
Movimientos, desobediencias,
En sentido contrario.

Pero,
El gran caudal heraclitano en marcha,
Ignora esas derrotas,
Miserias en su flanco.

IMPERATIVO DE CREACIÓN

VAGANDO me hallaba por los caminos nocturnos
En las márgenes de un estuario.

Hacia la madrugada
Señalaban con el índice los vigías de las estrellas.

Los campesinos, entonces,
Encendieron sus fogatas
Y ante el ruido de mis pasos en las piedras
Gritaban vigilantes aves.

Bajo la paz creadora,
Brotaban en mi corazón estremecimientos inefables,
De una pureza infinita,
 Pero adormecidos quedábanse,
Dentro de mí,
 Mal definidos e informes,
Como los caserones con árboles que yo no lograba distinguir
Muy bien en mi camino,
O a modo de los oscuros rebaños que a mi lado dormitaban.

Sentimientos elevados de amor,
Ideas de belleza y de religión,
Ansias de inmortalidad, bajo mis sienes agolpábanse,
Sin poder alcanzar la vida concreta o perdurable.

 Campos dormidos, árboles en oración—
Al pie de aquella tan segura montaña de cielo,
Era mi soledad el único tormento,
La impura angustia sin correspondencias.

Fué tan evidente la falta de armonía
Que nacieron estas preguntas:
 Un hombre así,
 ¿Para qué iba a perturbar
La felicidad total de esos elementos primarios
Con la vacilación creadora de un espíritu?

¿Por qué, entonces,
El castigo y el riesgo de infundirles un alma?

¿Una pregunta sola iba a llenar todo lo creado,
Hasta el último resquicio,
Y las dudas empañarían los espejos del éter?

¿Vendría, para la frente,
La hora de las revelaciones soñadas?
 ¿Conocería yo, por fin,
Las imágenes de los mundos que luchaban por revelarse
Dentro de mi ser?

Las tierras recién sembradas,

A mi lado, por leguas y leguas,
Hinchábanse por las semillas impacientes,
Como la masa provincial de las tahonas,
Cuando las fermentaciones cándidas de la harina
Crecen en pleamares
Y preparan el advenimiento del pan.

De la espiga en zodiacal granazón de cielo
Vi caer un grano de oro,
Con una rápida oblicua trayectoria.

Aquella declinante caída del hacha ígnea,
Era una orden mística, pero no para mí,
Era un imperativo mensaje de arcángel, pero no para mí.

Fácilmente interpretable,
El único mensaje y la orden final que faltaba,
Para que todas las siembras iniciasen la germinación.

Así, de la misma forma,

Que el comando enérgico del relámpago,

Hace precipitar la lluvia,

Y esta organiza su marcha de cerrados cortinajes,

Así como el brillo de una espada,

O el imperio de los clarines,

Ponen en movimiento a los ejércitos grandiosos,

Así,

Desde la caída de esa errante estrella,

Que se desprendió a modo de una flecha de un carcaj

Demasiado lleno,

Yo comprendí que iban a ponerse en marcha,

En lo más profundo de las tierras,

Pero no en mi corazón,

Pero no en mi corazón,

Millares y millares de semillas sembradas al azar—

Las ví!

Abrirse las ví en leguas y leguas,

En un deslumbramiento de la materia,

Como los párpados de los muertos,
En los días en que resucitará nuestra carne.

Una tan poderosa orden!

Fué un imperativo de creación! Sí.
Pero no para mí.

Era fácil comprobar,
Cómo se levantaban con precaución matemática
Y crecían, crecían, las semillas—
Formaban a mis pies disciplinadas falanjes,
Y alegres las ví alinearse,
Atisbando el resplandor del día naciente,
Para presentarle armas
O celebrar una misa campal.

Los rebaños despegáronse también de las sombras,
Y aparecieron albos y puros,
Como corderos rituales en marcha hacia la hoguera.

La naturaleza, y los hombres también, a mi lado
Recibieron la nitidez maravillosa
Que da el toque de la luz,
Pero allá dentro de mí,
Sólo pude distinguir algo parecido

A lo que ocurre en la casa de las abejas o las hormigas,
Cuando con un fuerte ademán se rompe la corteza exterior,
Y se ve manar una hirviente multitud de seres vivos,
Que se maltratan,
Y crecen en oleajes,
Huyendo de la luz!...

Las sublimes creaciones
Los pensamientos ideales,
En mí, brillaron un momento,
Recogiéronse después y fugaron en desorden,
Ahuyentándose unos a otros como nubes de tempestad,
O asustadizos pájaros de grutas.

UN RÍO DE AMÉRICA

MARIPOSAS de luz blanca,
Vuelan alrededor de tus manos abiertas,
Con un ritmo ondulante, como atravesando surcos.

Los surcos invisibles del aire
Para esas siembras
Se abren en paralelas ahogadas
En azules infinitos de cielos americanos.

Libertad tuya en medio de las sierras.

Prosigue, tropero de las celestes mariposas
Que de tiempo en tiempo
Dejan en la alcancía de las flores
Las monedillas rubias del pólen.

Grandes horizontes abanicos
Se cierran y se abren entre los árboles.
Prosigue,
Ginete alegre del caballo indio
En libertad absoluta,
Y entre las selvas,
Ábrete el camino que permanece oculto
Desde el tiempo de los caciques.

Ondean las flores,
Como llamándote en la música del estío.
Y ascienden, ascienden entre las breñas,
Atraídas por la imantada antorcha del sol.

Yo quiero que tu siembra rebose en los surcos aéreos
Y repitan tus cantos lo que oyes en los árboles
Que esconden sus colmenas musicales.

Con el oído en acecho,
Reconoce cuál es el árbol sonoro,
Y sigue el vuelo de la avispa silvestre
O el de las grandes mariposas
Con remos de blandos triángulos celestes,
Que van a señalarte el camino de la armonía y la fuerza,
Que en otros siglos reinaron en estos bosques.

Las selvas se abren en una suma de misterios,
Y tu serás el descubridor de las nuevas corrientes de agua,
Pasajes secretos de los ríos...

Ginete, amigo mío,
Aventúrate en ellos;

Tropero de las mariposas errantes, nada más.
Olvidalas.

Deja que se dispersen tus rebaños de alas,
Paciendo flores en todas las colinas.

Busca ahora el traficante rumor
De las ocultas colmenas,
Y no te detengan, la esmeralda traidora de los pantanos,
Ni la fiera.

Ni el boa.

Oyes? Cantan los viejos troncos.
Los tallos musicales
Como los tubos de los órganos de las iglesias,
Llaman para las misas de la miel.

Rompe la corteza del árbol,
Y roba el zumo de las basílicas herméticas,
Los altares,

Y las criptas góticas de azúcar.

Mira:

Ya la fuga de la pesada abeja
En el espinillo de oro te extiende un hilo sutil
Para que la sigas.

La sed la obligó a salir
De su gruta de lamparillas rubias a millares
Y ella busca enloquecida los cauces.
Síguela!

Síguela, ginete,
Por las breñas, hacia más adentro de la selva.
El agua del cauce a tu sed se presenta imponente.

Un río.

Un río de América se descubre
Con su viajar seguro.

Las márgenes,
Apenas visibles una de otra,
Con las manos de las palmeras abiertas y en lo alto,
Se hacen las señas convenidas.

Sobre el borde del río
Ata el potro, y acuéstate en la arena.
Sueña con las islas varadas.
Descansa.

O empieza, si quieres, a viajar de nuevo.
Mira cómo el arenal,
Colmena inmóvil durante el día,
Circunda y arrastra tu cuerpo con él,
Y se arroja de pronto,
A viajar,
Con el cielo puro de la noche,
Por las aguas, diversificándose,
Río abajo,
En dos, tres, cien enjambres
Migratorios, de cósmicas avispas.

UNA VOZ EN LAS ALMAS

*
* *

EL individuo es lo que vale
El individuo es lo que vale
Una voz más alta que el reflector de los aviones
Decía,
Y su verdad encrespaba de ondas los espacios lejanísimos.

Primavera y ciudad!

—Caminantes perdidos,
Un pie en una nube y otro en el cielo,

Poetas,
En el límite de las alegorías.
Mirasoles segaban con hoces de plata y zafiro.

Navíos de todas partes de los mares,
Iban a anclar
En las dársenas azules de los universos.

No más llamas en mí,
Sino total palidez de mi rostro,
Por asociar el pensamiento oscuro y certero de la muerte,
Con el afán de la inmortalidad.

Los números a mi lado,
En mitín prodigioso, ayunaban, andando
Frente a la prédica de los heresiarcas,
Y yo, separado de todos por el orgullo y el tiempo
Repetía:
El individuo vale más,
El individuo vale más.

Al margen de todos iba yo,
No reconocido,
Así como la paloma del Espíritu Santo,
Podría ir perdida entre las demás palomas de las granjas.

El eco, música,
Con la reminiscencia platónica en las entrañas,
El eco,
Representación viva de nuestra desventura vital,
Repetía mi palabra mil veces,
Pero no en las plazas,
Ni en los iluminados edificios,
Sino en las grutas de mi personalidad,
Torre de bóvedas.

*
* *

Vuelan años.
Primavera y campo!
Desnudas nubes, firmes amazonas,

Al libertar del sol la crin dorada,
Siembran de luz el mundo.

Oigamos otros ecos más.
El metal luminoso resuena hoy
Cada vez más potente.

El paisaje adivina las palabras del poeta,
Y se las roba.
Las palabras del poeta
Son las flores recién abiertas de los manzanos.

Fácil, una lluvia de agujas y de polen,
Va cayendo de los árboles florecidos.
Se abren las flores con tanta delicadeza,
Que basta el eco de un grito para deshojarlas una a una.

Basta el eco de una palabra
Para la lluvia de las imágenes.

Yo os narraré algún día el destino de una voz.
Su eco hará temblar en las montañas los brillantes ventisqueros.
Su eco hará caer en las almas ideas como frutos de tiempo.

De pie,
Sobre el primer tercio de mi siglo,
Yo, sin aplausos ni discípulos, deseo estar.

Así, en la anticipación de un adivinado narcisismo,
Miraré reflejarse mi rostro
Por las galerías de espejos en serie de los años futuros.

Pero más me gustaría
Oír los sucesivos cambios sonoros
Del eco de mi voz,
Al dejarla caer como hoja muerta,
En los mágicos días que vendrán,
Diáfanas celdas,
Iguales entre sí,
Resonantes de cristal.

EMIGRACIÓN SIN GLORIA

¿SABES quién ha de ser siempre el peligroso explorador
de soledades, y ha de navegar

Por los archipiélagos sin término,
Mirando el contorno de las islas,

Sin penetrar en ellas,
Ni vagar en sus playas, lentas de rosadas colinas,
Como los flancos de un cuerpo de mujer?

No a la manera de un puerto feliz
Que atrae a los rápidos navíos hechizados hacia las dársenas,
E imita así la ciencia del fakir congregando a sus reptiles,

Al son de imperceptibles silbidos,
No a la manera de ese puerto feliz,
 Su noble corazón es,
Sino más bien como una desnuda bahía aparece,
Y con brillo de engaños y de imanes,
Desorienta las brújulas más firmes.

¿Por qué, si animado está de un sublime impulso
 Para confirmar conquistas,
Lo veréis detenerse ante el umbral de cada aventura?
 La gloria...
Dijérase que ya empieza para él la jornada.
Que su destino anuncia un clamor de cúpulas y clarines,
Cuando retorna,
 Y de nuevo prosigue hacia diestra o siniestra,
Sin coronar el sueño acariciado.

Ondulante río de los blanquísimos nervios,
Mágica serpiente de cristales y escamas,

Sin el veneno de los filtros de coral,
Pero sí portadora de la vieja sabiduría,
Mis ojos acechan treparse en él con movimientos espirales,
 Por la pirámide más firme.

¿Sabes quién ha de ser el no conforme con todo lo que existe?

Sin la utilidad mínima
 De una brizna de hierba
 En el pico de un pájaro,
E incapaz de crearse un mundo adecuado a su jerarquía,
 Yo lo he visto
Dar vueltas alrededor de las islas
 De la ambición y de la muerte.

Y, acallando la música con que la coral de los átomos,
Hace latir la membrana azulosa de sus sienas,
Sin deseos de andar más su destino,

Y sordo a todo llamado de limos o de lo alto,
Mientras anima un poco de polvo con sus lágrimas,

Y crea así algunas formas,

Que parecen de nieblas,

—Me susurra al oído, me susurra al oído:

—Yo quisiera irme para siempre...

—Irme, sí, pero sin dejar resplandor

Ni memoria,

En ninguna otra humana memorial...

ESPECTÁCULO DE UNA TARDE DE OTOÑO

DOMADORES de potros he vuelto a ver;
Jóvenes aindiados y mulatos con sublimes estatuarias.

Los ví descender de los autos
Entre un séquito de mujeres y de joyas,
Y en la pista oval marginada por la multitud,
Animales ginetearon
Dispersándolos junto con las hojas del otoño.

Finos autos con espejos vagabundos,
Espectáculos de imágenes y errantes pensamientos.

Si en algún estado anterior, con fuerza adiestramos
Instintos,
Y con gracia escamoteamos ascuas del fuego
Para que se extinguieran,
Y destruimos juguetes o almas ¡para poseerlos mejor,
Bien hacen estos domadores de potros
En robarles la vida y la libertad a las bestias del campo,
Que, desde hoy, no serán más que obedientes sombras.

Una yegua salvaje,
Saltaba y quería librarse del domador
Como una idea genial
De un sistema religioso o metafísico,
Quiere emanciparse,

E intenta volverse al cosmos primitivo,
De donde fué traída con la crin turbia de nieblas.

Imágenes.

Una.

Dos.

Cien, consecutivas...

Ginetes, atléticos como domadores griegos,
Se confundían con sus ayudantes,
Fumando cigarrillos de tabaco inglés.

De pie sobre los estribos,
Saludaban, y al galope,
Vinieron a hacerme pensar en la esclavitud
Y en los músculos doblados por el eslabón prometeico.

Fiesta...

Pero con un poco de vino trágico,
La doma de potros siguió bajo el sol del Otoño.

Cuatro potros blancos,
De largas crines al viento,

Alas inútiles afirmadas en la ira de espumas del cuello,
Como larvas de ángeles bastardos,
Con pretensión de escalar el cielo
Dirigían los saltos últimos.

Un potro color de nubes de tormenta,
Era una salamandra calcinada
Que, al extinguirse al margen de las llamas de la tarde,
Con habilidad pasmosa encorbaba su cuerpo de cenizas.

Sobre el campo de la doma
Trazó un diáfano avión en el crepúsculo,
Su aérea diagonal, cauda de oro.

Era en la sonrisa de la luz,
El venablo encendido de un mundo nuevo,
Iluminando un naufragio de árboles, de hombres y de bestias.

Un domador, entonces,
Creyó llegada la hora de firmar,
Con la trayectoria de su galope,
La orden de muerte para toda una leyenda
De pampas y de guerras,
Perjudiciales mentiras.

CAMINO DE CIPRESES ANTIGUOS

NOCTURNO camino de los cipreses
Que parten de mis ojos y ondulan hacia dentro de mí,
¿Habrás visto, bajo tus centinelas con armaduras de sombras,
Pasar la errante* forma de mis sueños?

La niebla era que, en el amanecer,
Dejó flotando entre los árboles,
Un vellón de rebaños apenas perceptibles.

Era el vaho espiral de los cálidos surcos.

El pájaro que se detuvo, apenas
Un instante, esponjó en la hierba su plumaje encendido,
Y volvió a emprender su fuga sin tiempo para el canto.

La purpúrea antorcha
Que vagabundeaba,
Fuego fatuo en el día de oro,
Nómada sobre las letras de las lápidas,
Pudo escribir la vaga firma de su sombra.

El eco de mi voz lejana por allí quiso anidar un momento.

En el taller cristalizado del cielo,
Los cipreses del cementerio,
Husos de ébano, fabrican la claridad del día,

La sostienen
Y cantan.
Cantan.

Arrullan el sueño tranquilo
De sus infantes de mármol que nunca despertarán.
Cantan.

Y más allá vienen,
A escuchar
Algunas acacias, subiendo la colina del río.
Campesinas graves que avanzan—
Vigilan, de paso, la blanca ropa extendida a sus pies;
El lino de las tumbas,
Que al sol de los años han puesto a secar.—

Nocturnos cipreses
Que se prolongan en las paralelas de mis pestañas,
Y por mis ojos ondulan hacia dentro de mí,
Lo mismo es observar la luz,
A través de vuestros rocíos,
Que a través del llanto de mis párpados.

Si alguna vez me reconocéis,
Extinguidores vegetales de luceros como lágrimas,
O si alguna vez me ofrecéis guiarme,
Lámparas de la más oscura luz...

Lámparas de la más oscura luz,
Que consumen la entraña de sí mismas
Igual que las resinosas teas,
Obediente seguiré
Vuestra señal entre el dédalo de las tumbas.

Y he de ir también tras vuestra navegación;
Mástiles de las blancas y tristes navecillas
Que arriesgan por los sólidos mares del trébol,
Sus proas de piedra...

Fiel os escucharé,

Si otra vez notáis mi presencia, oh árboles,
Ah, perdido entre las tumbas que os rodean,

Y de canas pueblan las cabelleras de los trigos
Con tal de que le confiéis al alma entonces,
Donde,

En que oculta madeja
De vuestros follajes,
Deshilachada quedó para siempre,
La errante forma de los sueños míos,

O si ellos no son más

Que esas petrificadas aves blancas,
Que los años
Hicieron caer en bandadas a vuestro alrededor,
Y que vosotros queréis hacer volar ahora,
Y conducir hacia otros cielos felices,
Con silbidos de viento, pero en vano.

MISTERIO
DE LA DONCELLA Y EL AVE

DEDICATORIA

A

MARUJA GONZÁLEZ VILLEGAS,

dedico este Misterio, poema sin ubicación de país ni comarca, basado en episodios solamente imaginables en las leyendas, y que, a propósito, ha sido fijado en el tiempo más fantástico posible, para que en su esencia lírica pueda expresar como el alma humana, bajo el imperio del amor, logra siempre transfigurarse a todas las potencias del mal, por más evidentes que sean, en una felicidad infinita, más real y poderosa que aquellas.

1929.

MISTERIO DE LA DONCELLA Y EL AVE

PARTE I.

AL morir el anciano monarca
De una comarca
Inmemorial,
En guerras milenarias
Llegaron los enemigos hasta el umbral
De sus almenas solitarias.

El monarca, ya al final
De su reinado, perdió su vida, su caudal

Y sus legiones.
Los caudillos de oscuros países salvajes
Lleváronse las riquezas y los blasones.
Un clamor aventurero de asaltos y pillajes
Invadió las capillas del rito y los ásperos bastiones.

Hasta allí los tropeles de soldados
Descendieron de las abruptas serranías,
Para festejar los triunfos logrados
Con orgías.

Vinieron rubios bárbaros de ojos celestes
Mocetones de montaña destruían altares a flechazos.
Traían dioses, los asiáticos sombríos y agrestes,
E íconos, los negros de bronceos brazos.

La hija del monarca del país inmemorial,
Doncella inexperta,

Contempló impasible desde su ventanal
Las guerras, con los musicales desfiles,
Y al ver que se poblaba la heredad desierta,
Con fieras legiones de agudos perfiles,
Sus asombrados ojos dejaron en libertad
Volar sobre la matanza
Y la hecatombe religiosa y sombría,
Un ave inmensa de fatalidad,
Esperanza
Y alegría.

Y fué que la hija del monarca,
Doncella inexperta,
Enamoróse de un bellissimo capitán,
Libertino, mas de mirada oblicua y encubierta
De águila o gavilán.

Juráronse amor en todos los instantes
Y viéronse en los torneos,

En las liturgias o en las pagodas,...
Pero pronto el guerrero se fué con sus infantes
Prometiéndolo volver cuanto antes
Para celebrar las bodas.

PARTE II.

Al volver el guerrero vencedor al castillo
Le entregó la doncella su corazón sencillo.

— ¿No ves? — Torna a mi rostro su antigua transparencia
De ópalos, que habíase perdido con tu ausencia.

— ¡Oh, cuántas noches, cuántas noches, mi gran guerrero
Te he esperado, observando las cumbres y el sendero!

Al vencedor rodeábanlo flamígeros tropeles,
Y el brillo de las guerras con sus victorias crueles.

Que en múltiples asaltos de estériles ciudades,
Besó ajorcas y tálamos de equívocas beldades.

Al regresar el héroe, se efectuaron las bodas
De los amantes jóvenes.

De las cabañas todas

Descendieron aldeanos por la alegre comarca:
Hombres de ruda ciencia y lengua docta y parca,

Pastoras con sus novios, rústicos cantadores
Y, con danzas y músicas, viejos y espigadores.

Cuando estuvieron todos reunidos, el guerrero
Apareció del brazo de la esposa. Con fiero

Ademán, trazó un círculo al aire, con la espada,
Y derramó un silencio brutal con la mirada.

— ¡Ya veis que soy feliz! —

— Vuestra dueña es mi dueña
Y para tanta dicha la mansión es pequeña! —

De modo que he resuelto compartir mi alegría
Con vosotros, que aráis la tierra labrantía.

Por eso, estoy dispuesto a extender, por tres meses,
Estas fiestas, oh aldeanos! — No cuidéis de las mieses,

Ni del surco del agro, ni de podar las viñas.
No penséis en tributos, ni fecundéis campiñas.

— ¡Yo cuidaré de todo! — No os faltará ni el vino —,
Ni las danzas, ni el cándido trigal para el molino.

— ¡Sed felices, en nombre de la mujer que adoro! —
¡Bien os retribuiré con la fuerza y el oro!

En cambio solamente, os pediré una cosa:
— Que cuidéis una extraña ave maravillosa

Que he traído, robada de la India! Es un ave
Musical, luz y alcornia del canto alegre o suave!

La dejaré al cuidado de glebas y vasallos,
Que vigilan mis feudos, mis toros y caballos.

PARTE III.

Después de este discurso, de una jaula de acero
Sacó un ave espantosa, de pico carnicero,

De ojos duros e hirientes, de plumaje plumizo,
Y que enseñó en las patas un resplandor rojizo:

Cuando fué libertada, se abalanzó imponente
Hacia un helado monte, con un vuelo potente,

Y en tanto que encrespaba grandes alas oscuras,
Iba graznando al plúmbeo viento de las alturas!

Antes de irse, el ave ultimó dos palomas
Blancas, que frente a todos, besábanse en las lomas.

Y en una fuga de ángulos, de orgullos y de esmaltes,
Emigraron a círculos de Dios, los gerifaltes.

Frente al siniestro pájaro, huyeron en legiones,
Azoradas de espantos, ánades y gorriones.

Y en los huertos buscaron defensas maternas
Temblorosos, los débiles corderos recentales!

Grande fué la sorpresa de las gentes aldeanas
Ante aquel espectáculo. Oyóse, en las lejanas

Colinas, el graznido del ave misteriosa.

Todos se estremecían de miedo.

Mas, la Esposa

Se inclinó sobre el pecho áspero de su amante,
Y con palabra ingenua murmuró:

— En adelante,

Yo cuidaré tu ave con fervor y con llanto.

— Nunca he escuchado un canto más bello que su canto!

— Ella me enseña al irse, feliz, por la campiña,
Las alas del arcángel que me acunó de niña.

— No he visto, ni en el cielo, las joyas, o el paisaje,
Colores, como aquellos, llamas de su plumaje!

PARTE IV.

Vivieron lo amantes,
Diez plenilunios de feliz amor.
Ella pasaba el día en alcobas fragantes,
Y él se iba a los bosques, siniestro cazador.

Mas pronto regresaba de selvas y montañas
Trayendo innumerable y óptima cacería,
Pájaros indefensos, fieras rubias y extrañas
Y hasta gacelas de mirada pía.

El regreso
Dilataba la dicha de su esposa,
Y juntos se arrojaban en las ascuas del beso,
En un idilio trágico de murciélago y rosa.

Todos los días, en aquel momento,
Ella confiaba crédula:

— Señor de hordas audaces!
— Hora por hora, he puesto en ti mi pensamiento,
Bajo mis soledades cada vez más voraces!
— Gracias a Dios, que he oído en mis jardines,
El ave azul y heráldica del encendido canto!

Ella siempre me anuncia:

— Vuelven los paladines
De tu dueño! — ¿No véis el rojo manto
De su jefe, ondulando al viento, en la llanura?
— No llores más!

— Ya llega!, y amor es su acicate.
Triunfador de la muerte que lo acechaba impura,
Regresa, y busca el bello amoroso combate!

— Así,
Durante horas, oh, mi guerrero amado,
El ave, en los rosales de mi sien ha cantado!

PARTE V.

— Qué tarde vienes hoy, mi Señor!
— Si no fuera porque ha estado mi amor
Las horas, velándote, defendido
En su creciente soledad,
Por el canto del ave que me trajiste,
Oh, Esposo, hubiera enfermado de ansiedad.

— ¿Porqué no viniste anoche, mi Señor?
— Si no fuera porque ha cantado, oh ruiseñor,
Toda la noche en mi ventana,
Anunciándome felicidad,
El ave de la tierra lejana,
Hoy muerta me hallarías en tu heredad!

— ¿Porqué no me besas hoy, mi Señor?
— Si no fuera porque he oído en mi dolor,
La canción del ave,
Que repite que tu amor es eterna realidad,
Y debo creer en él y no en mis ojos,
Jurara que en tu amor hay falsedad!

PARTE VI.

— ¿Porqué vienes inundado de sangre?
— ¿Verdad es que te han asaltado ladrones;
Que tu vida estuvo en riesgo de muerte,
Pero que has vencido, luchando en los murallones,
Contra bandidos de toda suerte?

— Ah, — ya lo sabía! Porque el ave, en su canción
Oída sin cesar hasta la aurora,
Así lo había confesado a mi corazón!

— ¿No sabes tú, quien es que mata
Las tórtolas y las garzas de rosa, ceniza y plata,
Del castillo, mientras todos los días,
Vense nuevas alimañas en las cercanías?

Sólo el canto del ave en mi balcón,

Al sostener las raíces de mi esperanza,
Me consuela al ver tanta destrucción!

Y, cuantos días,
Que no escucho tu canto puro!
— Esposo!
¿Dónde estás? ¿Dónde te heriste?

— Gracias a que conservo el ánimo seguro,
Porque el ave que me trajiste,

— Ya pronto volverá sano al castillo!

— Verás fulgurar

Su lanza!

Le anuncia a mi corazón!

Esperanza!

— Esperanza!

Así sea. Yo, en tanto, he de buscar
Alivio en el breviario y la oración.

PARTE VII.

Como el amante nunca más volviera
Salió la Esposa a buscarlo por el camino
Su belleza deshízose como leve penacho de hoguera
Y tornóse su rostro de un color terroso y cetrino.

Ella habíase envejecido calcinada por el dolor,
Y llevaba junto al tórax magro y estrecho,
Un hijo pálido y sin vigor
Que buscaba, temblando, los manantiales rosados del pecho.

Cerca de un boscaje, en medio de la sierra,
Preguntó a unos aldeanos, viejos varones
Que araban la tierra:
— ¿No habéis visto a mi esposo por estas regiones?

La gente la miró con hiriente mirada,
Y respondió;

— Maldito bergante vuestro esposo!

— Destruyó sembrados,
Faltó a nuestras hijas, holló nuestra morada,
Hizo arder las torres, y el llano, y el pinar tenebroso!

— Infernal engendro, aquel capitán!
Dirigió una banda de ladrones oscuros
Y pasó como el huracán
Por estos caminos cristianos y puros!

— Armó torpes guerras y destruyó ciudades,
Y no dejó nada sin mancillar!
— Al fin se ha marchado de estas heredades,
Porque ya poco había que destruir o robar!

La débil mujer cayó a tierra, inanimada,
Su hijo, con dedos enclavijados, y llantos y ruegos,
Buscaba, hambriento, la leche sagrada,

En los senos de la madre desventurada,
Manantiales ciegos!

Estuvo entre la vida y la muerte la pobre mujer.
La llevaron los hombres al hogar
Y ella, al fin, empezó a reconocer
A su hijo que no cesaba de llorar.

Palpó, besó, acarició aquel fruto
De amor, apretándolo entre los brazos fieles,
Y pernoctó con aldeanos de rostro grave y enjuto,
Que diéronle sus meriendas de dátiles y mieles.

Pasados muchos días, con acento doloroso,
Volvió a interrogar la pobre mujer.
— ¿No sabéis nada nuevo de mi esposo?
— ¡Nada! ¡Y ojalá que nunca se vuelva a saber!

Pero, al menos, oh, justicieros labradores,
Traedme el pájaro de plumaje peregrino,
Que cautivó las horas de mis amores,
Con su cantar angélico y divino.

— Traedme, oh buenas gentes, el ave aquella,
Del ígneo plumaje de color sin fin!
¡Pájaro celeste con ojos de rayo o estrella
Que anunciaba el regreso de mi paladin!

Y respondieron los aldeanos,
— Ah, triste fiera el ave, peor de los animales!
— Desde que vino, trajo la ruina en sus alas!
Comió las semillas,

Mató las palomas,

Destruyó frutales,

Y fueron las ricas cosechas, cosechas pobres y malas.

— Sacaba los ojos a nuestros corderos
De lanas preciadas como armiños,

PARTE VIII.

— Sacaba los ojos a nuestros terneros...
— Trocaba en odios y envidias los más raciales cariños,
Siempre nos hería con sus ojos agoreros,
Y hasta, según dicen, mató algunos niños!

— ¿Dices que cantaba?

— ¿Quién te mintió de ese modo?

— Era un ave trágica de más allá del mar.
— Ave de muerte, de terror y de lodo!
— No pudo cantar nunca!
— ¡Nadie la oyó cantar!

— Maldita bestia el ave del capitán maldito.
— Nadie pudo sufrirla, ni su canto escuchar!
— Creednos; sólo oímos su graznar,...
Su graznar, por el cielo infinito...
No supo cantar nunca!
Nadie la oyó cantar!

— Dios! Era un ave trágica de más allá del mar!

— Era un ave trágica de más allá del mar!
— Nadie la oyó cantar!...

La pobre mujer huía por los boscajes
Hacia nocturnos montes.
Una zozobra de fantasmas rugía en los follajes
Del río, llenando de horror los horizontes.

— El capitán, bandido diestro
En el engaño,
Su pájaro siniestro,
Nos trajo la muerte, y el odio y el mal año.

Se lo decían los valles,
Los vientos y sembrados
A las estrechas calles
De los poblados.

MÚSICA DE LAS COLINAS

RECUERDO las colinas
De mi país.

Evoco las ondulaciones fronterizas,
Los frágiles oleajes formados por el viento
Cuando cálida y blanda era aún la tierra.

Las musicales ondas que mueren hacia el Brasil.
Allí está mi niñez.

Entre la bruma azul de los esteros
Se extravía, aún...

La llamo:

Ella, por escuchar el canto de las aguas
Me olvida, y no me oye.
Porque allí mi niñez vigila
Junto a la tumba de mis padres.
Sentadita está sobre el mármol,
Como en el umbral de una antigua casona.

Ella, es el trébol atigrado que se acerca a los cipreses.
Ella todo lo impregna como una serrazón campesina.
Ella es el pájaro rojizo que canta,

Un segundo, sobre los hierros
Y no vuelve nunca más.

— Ah, yo leía tan sólo las historias de mis gauchos,
Dormía con mi Santos Vega
En las cabeceras del trébol,

Y mi vocación temblaba entre el rizado payador
Y el bandido que pintó Sarmiento.

Pero, todo murió allí, en la niñez...

Más tarde, con serena mirada de hombre,
Vi la llanura pampeana,
En el trayecto de Buenos Aires a Bahía Blanca.
Húmeda de escarcha se me apareció en el amanecer
Del invierno,

— Oh redondez cándida de hostia! — dije para mí.
Comulgué con ella un momento y eso fue lo bastante.
Después, todo el día la llanura miré fijamente.

La pampa extática.
Las llanuras de mi país son dinámicas.
La pampa logró oír la coral de los cielos

Y se ha quedado en éxtasis.
Nuestras llanuras,
 En cambio,
 Se han conmovido...
Han replicado,
 Con una música de colinas!

Evoco esas ondulaciones fronterizas.
Las musicales ondas
 Que hoy mueren en mi memoria.
Allí está mi niñez. La llamo.
Ella, por escuchar el canto de las aguas
Y las colinas,
 Me olvida,
 Y no me oye.

RETORNO Y LAMENTO DEL JOVEN

ERA en las horas
Del retorno a los paisajes
De mi país.
La identificación de mi espíritu
Con las cosas y los sueños
Usados de niño.

¡Noches junto a las piedras de los ríos!
De espaldas, sobre el campo,

Como en sueños,
Hacía yo girar el velo de la bóveda nocturna,
Tal como un rollo de pianola muy bien impreso,
 Con sus agujerillos dorados,
Que uno deja deslizar,
 Con el afán de oír,
 No sé que músicas sublimes.

Días bellos de mi cuerpo en molde de indígenas.
El acecho de los barcos pequeños
En los cauces de los ríos.
Fuí el apto, entonces,
 Para realizar los abordajes fantásticos,
Recurriendo a los mataderos,
Que en la playa nocturna del yo sin cadenas,
Afilaban sus lanzas y encendían antorchas.

Algún día serán mías,
 Las riquezas que perdí por ese tiempo.

Los lingotes de oro de los caciques modelos.
Las minas aéreas de los árboles sin raíz ni tronco.
Los reflejos de luna sobre el agua,
Que escapan de las sombras de los sauces, como larvas
De un fruto.

 Las riquezas todas,
Y aquellas que me traerán las bandadas de días,
 Mis blancas aves migratorias,
Que vendrán a poblar de canas mi cabeza.

A pesar
De que es sabido muy bien,
 Que el mal destino de los poetas,
Sólo les permite gozar en esas batallas,
Del alegre espectáculo de las espumas.

 Las concéntricas colinas de las derrotas,
Que tales y otros tesoros levantan al ser arrojados
En estuarios americanos.

¡Porque todo murió allí en la niñez!

¡Para siempre,

Asaltos difíciles en la sombra,
Estancias, caudillos y sierras azules,
Yo os dejo caer con estas imágenes mías,
En hondísimas lagunas gauchas,
Con aguas lavadoras de estrellas,
Mientras mis ojos,
Han de lamentar siempre
Tesoros eternos escamoteados
Por escuadrillas de burbujas!

POR GOZAR DE LA LUZ

GOZABA de la luz la abeja rubia,
Y más que de la miel.

En la copa
Del duraznero en flor,
Íbase hacia las hojas nuevecillas,
El imperio olvidando del destino.

Hacia los brotes más altos,
Para gozar de las totales llamas del día,
En las hojas clarísimas,
Alertas reflectores del color primario.

En mi mano logró hallar el palacio
Caliente de la carne.

Y no fué a tiempo!

Con todo, yo era el salvador!...
Después que el viento arrojó su cuerpo
Como rebelde brasa
Entre cenizas,
Hacia la tierra,
Presagio de la muerte cierta,
Rodeóla una plebe de hojas,
Condenadas almas,
Y ella intentó abrir las alas aún,
Hacia la luz,
Desde el fondo de lo más impuro.

Estrujadas flores de manzano,
También allí rodaron, en un mismo vaivén,
Cuando mis pupilas reconocieron,
En las alas ilustres de la abeja
El abolengo de oro,
Destrozado por la falange bárbara del viento.

Enredándose entre las hierbas,
Como en las barbas de un filósofo borracho,
Se desgarró, cayendo aún más...

Gozaba de la luz la abeja rubia,
Y más que de la miel, que es la luz líquida.

Ahora,
Una alegría no alcanzada,
Perdida para siempre!
Tal, su cuerpo inmóvil,
Recogí entre mis dedos.

¡Pensar que sus hermanas de colmena,
Del fondo de las flores,
Sin verla, ni sentirla,
Volcaban en sus antros los brillantes misterios,
Mientras la mejor de todas no era nada,
Muerta en manos extrañas,
Muerta,
Así, como yo podría estarlo
Por gozar de la luz, no de las cosas!

EXPLORACIÓN HACIA OTRA TORRE DE MARFIL

ESTAMPAS mentales y lámparas por extinguirse,
Mis ojos están fatigados de ser.

No saber más.

Contemplar panoramas.
Una atmósfera glacial ensombrece los cristales,
Para secuestrar la luz

De la estrella que se anunció en los sueños,
Y descomponer su traje traslúcido,
En arco iris,
O aureolas de humo azulado,
Enhebradas en campanarios,
Luminosas cabezas de santos.

No oír más música.
Deicidas, con espadones tintos en sangre,
Galopan, después del crimen,
Perseguidos por la celeste pupila,
Y con llamas que gotean
Desde las células de sus ojos muertos,
Alumbran el ceremonial maniqueo de sus desdichas.

No saber más.

Construiré en la primera oportunidad,
Una torre de marfil,

Más inaccesible que las anteriores.
No la deseo oscilante como el tallo de las palmas
O el cuello de los cisnes,
Sino más bien rígida,
Como un horadacielos o un transatlántico.

Templo con sus columnas salomónicas,
O rizos de cabelleras rubias retorcidas en espiral.
Una catedral de nieblas sobre la mañana de los esteros.
Un faro giratorio,
Sobre el eje de un trompo
Que no se detiene nunca.

Después tomaré mi arco
Nombrador de los días que mueren,
E iré a fijar la ubicación
De aquel banco de arena que en el mar de los recuerdos,
Hizo encallar antaño naves,

Naves y naves,
Repletas de presidentes mulatos de América del Sur,
Emigrantes, como dioses!!,
Por excesos de dineros, estatuas y batallas.

Un David, yo era.
Feliz,
No pude anotar la fuga de los días,
Porque en mi memoria,
Las orillas marchaban
Al mismo tiempo que el río.

Sí, un David:
Vástago desnudo,
Profesor de las hondas, las arpas y los cánticos.

Músico de los postes telefónicos,
Verticales avisperos de sonidos,

Remolcador de tímpanos,
Flotantes sobre el anca de un potro blanco,
Arador de surcos perfectos,
Como la sombra de un ejército de lanzas.

....Pero, de nuevo,
Voy a confesar,
Que mis ojos están fatigados de ser.
Estampas mentales y lámparas por extinguirse....

No saber más.
No saber más!...
Ha llegado el instante en que debo construir
Una torre de marfil, más inaccesible que las anteriores.
Y en lo alto de ella,
Turbia hoguera levantar
Con aquello que se opone a mi destino.

PEDIDO DE PERDURACIÓN

Si en la selva,
Errando pude ir,
Mas no perdido,
Donde todos se extraviaron,
Hacia otros ángeles,
Buscando entre ellos tus alas de luz,
Y las transparencias de tu frente nívea,
Ya no era, sin embargo, el que soñaste fuerte y guerrero,
Sino su sombra.

O mejor, tu sombra misma,
Elástica como la mutación de una pantera,

Y con ansias de retornar a cada instante,
A la gran sombra del drama nocturno,
Para no ser más,

Para no ser más...

Por eso,

Búscame siempre en los valles;
Donde las montañas se miran
Empinándose oblicuas en los lagos,
Donde las nieblas ordenan las almas y las cumbres,
Búscame en los valles,

Cerca de los torrentes,
Y nunca, jamás a las cimas altísimas,
Dirijas las miradas para verme,
Pues demasiado débil y desvaído mi cuerpo es,
Para soportar el alejamiento de tu cuerpo.

La batalla hízome alejar de tí.

La batalla

En la cual fui el paladín cruel y triunfal
Y el confiado paladín que muere —.

Los rocios mojaron mi frente y mis labios,
Y al lado de tu cuerpo sonrosado,

Por el campo de las derrotas
Volví, para renacer y caer de nuevo,
Como el guerrero sol, por dos veces,
Y en cada límite del día gusta hacerlo.

Nunca me llames en las cumbres nevadas,
Y déjame que huya y flote ante tus pasos.
Rondando estaré junto con la llama que te guía,
Y el silencio que te escuda.

Acógeme siempre entre tus nieblas cercanas,
No seas mi destructora luz,
Ni el desgarrador espadón de estrella errante
Que ilumina de súbito en la noche
Y mata el consorcio íntimo de mis sombras.

No seas mi destructora luz.

Ni como el resplandor místico!

El resplandor de los cielos.

Aquel que precede

El descenso de los arcángeles,

Como lanza de fuego en vanguardias de premura.

Serías demasiado fuerte, así!

O también como aquella otra luz de los profetas

Que, al herir las altas peñas del monte,

De día, convertíalas en hilos de fáciles aguas,

Pero de noche,

Hacia de ellas agrietadas frentes,

Tocadas de pronto y bruñidas!

Aún hoy aquellas peñas de los montes bíblicos,

Iluminadas están por el rayo de las otras frentes

De ancianos llenos de genio,

Que, si en algún milenio

Parecieron dormidos o muertos,

En verdad, desde remotísimos siglos,

Inmortales relámpagos que enceguecen irradian!

Yo no querría para mí

Ese destino gigante jamás, amor mío.

No seas mi destructora luz,

Ni como esos místicos resplandores seas,

Si en la selva, donde tantos se extraviaron,

Me puedes encontrar,

Buscando entre ellos tus alas de luz...

Tus alas de luz,

Que, por las claridades en que nadan,

Tienen que ser,

Fatalmente invisibles para todos!

SOBRE UN PUENTE DE HIERRO

P UENTE de hierro, con laberintos,
Donde la luz, en estuarios, escurriéndose
Va entre los pilares,
Más poderosa que las mismas aguas.

Una nube de oro se enjaula en tus mallas sutiles,
Y se liberta, deshenebrando sus copos,
Y a la unidad del río la hechiza de blancuras doradas,
Mientras huye.

Yo solo,
Ensimismado,
Soy el único transeunte
De tus deambulatorios de metal,
Y en la mañana de escarcha y diamante,
Cruzo a pié por tus dédalos y canto.

Luz,
Y fuertes vientos cabalgados por aromas,
Pasan en tí y acarícianme las mejillas,
Entre las combatientes columnas.

Mi cuerpo sostiénese apenas en el aire
Y a riesgo de caer,
Inclinándome
Yo contemplo hacia el abismo,
Y veo, en cristales,
Remolinos de aguas morir,
Sobre el rebaño de las verdes nebulosas del río,

Musgos acuáticos, barbas sedosas de faunos ahogados,
Escamoteando espejos y arenas.

Obediencias de resplandores,
Desde la altura vislumbro,

Y, por debajo de mí,
Pasar en los aires cortantes,
Entre un relámpago de niebla,
Otro vellón de plumas que estrella sus alas
En el metal finísimo,
Y deja caer su vertiginoso lamento al abismo.

Puente de hierro,
Fría y hostil duración,
Y no obstante sustancial, musical instrumento,
Con sólo estar inmóvil
Sonoridad melódica levantas.

Arpa tendida sobre un brazo apolíneo de aguas,
Yo aprendí a contemplar

E interpretar,
Tus creadoras geometrías
Que en lo inestable imprimen el orden gigante.

Tu ingeniería,
Es sostén, milagro, y llave divina,
De esos mundos de luces
Y formas del inmenso paisaje,
Que empezaron a verse cuando tú los creaste.

Contagiosa es tu sonoridad,
Formidable imán de las armonías,
Que a todos comunicas.

Yo afirmo que ellos parecen existir,
Porque tú existes.

Desde tus alturas
Gusto dominar en mí
Panoramas infinitos, lo confieso.

Mis huesos y mis carnes son laberintos,
Y armaduras valientes
Que se sostienen,
Como tú, sobre abismos —.

Laberintos para ver
Mis universos...

Y se bastan para explicarlos y revelarlos,
Aunque yo los niegue,
Creándolos...

Oh, universos,
Diáfanos equilibrios inmortales,
Del espíritu puro!

Cuerpo mío:
Puente y duración, y no de hierro...

Puente de imantadas arcadas casi divinas,
Donde el fluir del tiempo sin fin
Entre mis pilares desgastándome va,
En callados estuarios,
Más poderosos que la misma sangre.

LA ESPERA DEL DIOS

O^H Poeta,
Si el amor iluminó tus sienas,
Y el dolor sobre tus hombros,
Extendió la fúnebre dalmática de plomos y témpanos.

Si pálido te han visto las olas del mar
Y si alegre fuiste el vencedor de la manzana metafísica,
Cuyo mordizco al fin es amargo darlo sin medida;
Y si así ocurre con la carne,

Que en ceniza cae, como el cántico y el vino,
Y la risa joven,
Que también adornos fueron de tus labios.

Si con madejas invisibles la fortuna
Te sostuvo sobre potro salvaje,
O en navío y en avión segurísimo te hizo viajar,
O caer sobre los bellos cuerpos desnudos,
Y explorar los celestes golfos
Al borde de la muerte y el caos.

Si tu copa de oro derramó el vino,
Y la sangre y la miel y la hiel,
Y en tu lengua anidó la candidez
De las lunas hostiales de los ritos,
Y si manso te fué el relámpago
En la tempestad del campo,
Y la dorada musculatura del sol
Trabajó para tí como una esclava.

Si tu mejilla
Palideció en el nocturno secuestro del dolor,
Y de la sabiduría,
Que es peor,
Pero nunca estuvo sola,
Sino que a tu lado,
Sobre tu hombro, alguien defendió tu lámpara,
Y una mano de mujer,
Supo amoldarse a tu frente
Como el juego armonioso
De una articulación feliz de atleta.

Tiempo es, pues, de meditar.
Y contemplar
La lluvia de otoño en las siembras.
Y hasta oír como las semillas crecen
En el silencio de la noche
Bajo tu mirada tranquila.

Amor. Odio. Dolor.

Todo, intensamente...

Como alegorías frutales de un manzano,

Sin serpiente adherida al tronco,

Los has tenido al alcance de tu puño,

Y has sido fuerte, débil e ingenuo,

Más de lo prudente...

Si es así,

Es tiempo, pues,

De ir levantando los fundamentos

Y los cimientos de una casa estoica.

Una casa estoica,

Con grandes galerías hacia oriente,

Para que hasta allí puedan traerte alimento,

O meditación seráfica,

Las palomas, oh Poeta,

Del cristianismo primitivo.

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

OIGO la sacra música,
Que, en encendido instante

Escuché de sus labios.

La trágica alma

Hebrea, que inundaba de luces su copa

De diamante,

¿Dónde está?

¿Es posible que *Más allá*, la vea?

La escucho!

¡Cuántas veces, esclava de una idea fija

Vino, temblando a mí,...

¡Tan vacilante como ella!

Ya no olvido

La convulsa marea metafísica

Ahogándole los ojos y el semblante.

La miro, sí, entre árboles,

Vagar meditabunda....

Verbo de esferas cósmicas,

Baja su voz profunda;

Penérame en las sienes y me inclina,

Hasta el llanto!

Dime,

En que estrellas....

Cuaja tu luminoso ruego.

Que aprenden,

Los arcángeles la coral de tu canto!

Dime,

Al fin,

Que rompiste las cadenas de fuego!

LIBERTAD DE LA NATURALEZA

A^{MO} la claridad de estas llanuras.

Amo este campo, marginado apenas
Por la finura elástica del álamo,
Gentil y vertical.

Amo la hilera de los frescos árboles,
Celebrando la risa de las aguas,
Y del viento.

Una exaltada libertad, circula
Como el vino de un dios joven,
Por mi sangre,

Y el éter también, transpórtame,
Entre oleajes de júbilos.

Amo la fraternal algarabía
De las aves,

Robando las semillas
De los surcos.

Amo la mano que bendice y siembra
Y perdona aquel robo, con sonrisas
De paz.

Amo la frente mía, y amo entonces,
Más que todo,

El olvido absoluto de mí mismo.

Difundido en la pánica armonía
He detenido el curso de la idea

Y el recuerdo se cae como una hoja
Seca, y no perturba,
La unánime armonía de estos mundos.

Amo olvidar mi espíritu.

No sirve

De nada su misterio, y es más bella
La peor de las semillas!

Son más bellos
El fruto más inútil,
Y la raíz más ínfima,
Que la más grande idea que del hombre
Nace,

Con pretensión,

Original y victoriosa.

Amo la soledad de estas llanuras.
Quisiera aquí quedarme.

Y la raíz más ínfima,
Que la más grande idea que del hombre
Nace,

Con pretensión
Original y victoriosa!

DESCENSO A LOS INFIERNOS

SONETO

NAUFRAGIO de mujer,
En oquedades con témpanos
Y sustos de palomas;
Sobre escollos de luz,
En bajas lomas marinas
Te arrojaron tempestades.

Por moradas de horror,
Antros de Hades, donde Orfeo gustó

Las firmes pomas de los hombros de Eurídice,
Entre aromas de muerte y odio cruel
De las deidades;

Surcando como Aquel,
Aguas desiertas,
Ríos de fuego, abismos,
Lunas muertas, donde aúllan las furias
Llanto en coro.

Iré por tí!

En la muerte,
Navegante sin derrota
O piloto en avión de oro.
Y hacia el horror venablos de diamante!

EL CANTO Y LA SOMBRA

SONETO

U^N canto
Escucho, pero no es el canto de tu voz.
Y es un canto
Que entristece, como el tuyo....
Mi rostro
Palidece, y vuelvo a oír:
Mas no; sólo oigo un llanto

De jardines, en donde amara tanto buscar
Tu sombra,

Que hoy se me aparece....

¿El eco de tu cántico

Estremece los bosques?

En las nieblas de otro manto

Inmaterial, tu sombra avanza.

El cielo

Hacia un astro condúcela,

Y el duelo nocturno extiende

De una nube

En ella.

Adiós!

Tu sombra me dá un beso

Y pasa.

Yo también la amortajo

Con la gasa

De otra nube,

Ceniza de otra estrella!

ELOGIO DE UNA FORMA

SONETO

BÁRBAROS

Daban niebla a tus espejos.

Con ellos supe ir, pero, al tramonto de las formas,

Vi, lúcida, de pronto, tu isla de coral,

Mundo en reflejos,

Hoy, devoto y augur,

Con mis cortejos de nubes,

Por tí, adversa hazaña afronto, talvez,

Y a nado en luz,
 Por tu Helesponto cruzo,
Y a muerte voy,
 Solo, allá, lejos....

 Allá, lejos de hoy,
La arquitectura del cisne busco,
Y límites,
 Y escamas de luna en tí,
 Lago de cumbre
Y seda.

Utópico bridón
De línea pura,
 Soneto, vuelve a mí,
Con crin de llamas,
Para que nadie asirse de tí pueda!

CÁNTICO DE AVIACIÓN

EJEMPLO DE LIRISMO CORAL

POEMA EN SEIS ESTROFAS CON COMENTARIOS MUSICALES

INDICACIONES

MÚSICA: Antes de la recitación, mientras aparece el coro, se inicia un Prólogo Musical.

*Entre estrofa y estrofa
 breves Interludios Musicales.*

*Al final de la última estrofa, un Exodo Musical,
acompañando la salida del coro.*

Debe tenerse en cuenta, si se desea comprender el verdadero sentido de este poema, que fué escrito para que su recitación pudiera realizarse por conjuntos corales, tal como procedían los griegos con el lirismo denominado de aparato. Se trata aquí también, de expresar sentimientos colectivos, por intermedio de los coros, que se dispondrían en grupos definidos frente al público, limitándose a recitar claramente, y en alta voz natural, las diversas estrofas correlativas.

Las imágenes, brillantes, porque así deben impresionar, la amplitud y el aliento entusiasta del poema, los extensos pe-

riodos, con el riguroso ritmo de muchas frases, y la misma métrica, que es libre en general, pues no conozco en castellano, métrica que sea capaz de adaptarse con el fin de cantar una hazaña de aviación, acontecimiento nuevo, o milagro, en la historia y en la poesía de los hombres, todo eso, ha sido estructurado honda y delicadamente, con el propósito de resucitar, en lo posible, la poesía coral de Estescoro y Píndaro. En la imposibilidad de pretender lograr hoy la reintegración de los primitivos elementos corales, musicales y plásticos, característicos de aquella poesía griega, en este Cántico de Aviación, por lo menos se tratará de que la recitación coral o personal, se mantenga entre los comentarios de la música, que se sucederán en forma de un prólogo, cinco interludios y un éxodo. Cuando el músico se compenetre con el poema, lo único que el creador se permitiría recomendarle sería que, para mantener la unidad del conjunto, el elemento musical debe estar íntimamente en armonía con el tono de los últimos versos recitados por el coro, continuándolos al final de cada estrofa. Se hará luego un silencio, y la voz humana proseguirá enseñada con la estrofa siguiente.

La métrica del canto, por momentos es libre o está vertebrada con períodos rítmicos y versos de medida clásica, según la inspiración de los temas o las imágenes así lo aconsejen. Esta libertad de la forma, se la permitan lo mismos griegos, a pesar de su respeto por el orden y la simetría, sobre todo en el lirismo coral del ditirambo dionisiaco, en donde, muchas veces, no se exigía otra condición métrica, que la de las rapsodias del pueblo.

E. O.

CÁNTICO DE AVIACIÓN

EJEMPLO DE LIRISMO CORAL

(Prólogo musical)

ESTROFA I.

CORO:

Nos harás presenciar, poeta,
En el nuevo continente,
Las fugas de aeroplanos.
Ya miden los motores la frente del cielo.

Los metales revelan conceptos sublimes
Y equilibrios de geometrías flotantes.
Y anotan los triunfos
De las máquinas,
Con musicales émbolos provistos de gracia
E inteligencia.

Paradigmas de armadas imágenes
Que, desde la frente del hombre,
Ascienden,

A reforzar

Las antiguas falanjes
De los ángeles fieles.

Grises hangares,
Libertan al cielo racimos de aviones
De un solo color.

Mariposas útiles.

Con cargamentos van de mares a ciudades
Y el polvo de oro adherido a las ruedas
Resbala y cae en el vino de nuestra copa.

POETA:

Aviadores,
Veo avanzar por el lado del mar.
Las olas, contra las murallas,
Levantán el busto hacia ellos.

Mis ojos no sostienen más esperanzas ciegas;
Afirman.

Afirman la grandeza del hombre
Y mis labios la cantan.

Nada más grande que cantarla ante la fuerza
Y el júbilo,

Que trae en sus vuelos divinos el día naciente:
Superavión sonrosado,
De la única y solar hélice de oro,

Redonda,
De tanto hacer girar
Las paletas por el elástico éter.

CORO DE MUJERES:

Inclitas alas, contra la tierra, mutilanse hoy.
Las espaldas de los hombres,
Asperas están, de muñones como esponjas con sangre.

Sí.
Alas potentes,
Abatidas por los vidrios sutiles del viento.

POETA:

Por el placer de destruir la hélice,
Corola del fuego y el ritmo,

La muerte,

Empieza a deshojar

Esa margarita

De

Mil

Radios.

CORO DE MUJERES:

Pero el hombre

Levanta de nuevo la trágica flor,

La hace girar otra vez,

Y con ella dibuja el halo de santidad,

Que rodea la frente zenital

Del avión en marcha.

O intercambios de héroes,
Realízanse en las dársenas de las nubes.
Enviamos paladines a lo alto,
Y arcángeles retornan, con túnicas de fuego.

(Primer interludio musical)

ESTROFA II.

CORO DE HOMBRES:

Anclas anudadas,

En rayos solares, ellos arrojan.

Intentan asirlas en nuestra frente.

Grisés hangares

Libertan al cielo,

Racimos de aviones

De un solo color.

Nocturnos reflectores,
Oscilan en su flanco,
Igual que espadones colgantes.

POETA:

Habrá que pedirle al cielo
 La más ligera de sus antorchas,
Para darle la luz a aquel candelabro,
Que en las sombras
 Balancea
 Sus dos pequeños brazos apagados.

Yo s  de los pilotos que no vuelven
 Y buscan en vano,
 Un estribo de nubes.

Mas, también aseguro,
Que he visto a la aurora, regresar
 Con la crucecita de un avión
Pendiente
 De los rosados collares del pecho.

CORO DE MUJERES:

Graba el diamante del cielo,
En la misma piedra azul,
La cruz de los aviones
Y la gigante cruz de las catedrales,
 Desvelados aeródromos de las plegarias.

Cuando descienden a las ciudades,
 Los capitanes,
Después de largas trayectorias tiemblan
Sus blanquísimas alas de aluminio,

 ngeles,
 Con escudos,
 En la inminencia del milagro,
 Planean   aterrizan.

(Segundo interludio musical)

ESTROFA III.

POETA:

Falta aún quien les hable con amor,
Congregándolos,
O los oiga,
Como el seráfico a las cándidas aves.
San Francisco de Asís de los aviones.

El aviador y el santo,
Igualmente,
Flagélanse la carne y son ascetas.

Va a Dios, si vuela, el hombre,
Igual que una plegaria de los músculos.

Tanto como el antiguo rezo,
Que era el vuelo del ánima,
El vuelo de hoy,

Flecha pensante,

Es una idólatra oración de la actitud.

CORO:

Astrólogos científicos,
En blindadas torres, conciertan travesías,
Las rutas espirales,
Son movimientos y cánticos y fórmulas.

POETA:

Con religiosos guarismos,
Yo ví inscribirse los destinos del hombre,
En la mística ascensión,
De estas metálicas aves de alcurnia.

CORO:

Dios mío.
Dios mío.
Avión que cae.
Espada de fuego.

Espada que se ha desprendido
De la mano del Ángel,
Y va a caer vencida
En lo más difícil de la lucha con las tinieblas.

(Tercer interludio musical)

ESTROFA IV.

POETA:

Mitos,
Depositaron las olas
En nuestra playas indígenas,
Desde las noches en que los hombres
Colonizaron los trópicos,
Y en las siembras de ciudades, repartieron
Aparatos de maravilla
O energía de otras épocas.

Los vientos
Dejaron en blanco sus páginas sin márgenes,
Para otros poemas
Que no fueran los pájaros.

La audacia, contenida,
Prefirió la ciega confianza
De la tierra o el agua.
Pero jamás la libertad y la ligereza del aire.

CORO:

América del Sur,
Recordad la limpidez de estos cielos!
La diafanidad esférica de los aires.
Leyeron en ella, sólo los poetas,
Y allí se aventuraron.

POETA:

Hoy,
En el nuevo continente,

Puedo presagiar la enjambrazón venidera
De los aviones.

CORO DE HOMBRES:

Ya vienen,
Por donde hace poco
Planeaba la flecha,
Y los pájaros,
Imitaban el aaaaah!
De los guijarros de las hondas!

Grisés hangares,
Libertan al cielo racimos de aviones
De varios colores.

CORO DE MUJERES:

Hidroplanos,
En las zonas ecuatoriales,
Sabiamente rozan las cuerdas
De los arcoiris del trópico,

Y despiertan músicas,
Dignas de acompañar
Al viejísimo armonium de las mareas.

Retornan del destierro,
Noche a noche,
Cargadas de cadenas,
Nuevas constelaciones,
Bajo el ojo avizor de los capitanes de ruta.

CORO DE HOMBRES:

En los raids de Africa al Brasil,
Los hidroplanos vencen
Las superficies marinas,
Si sobre ellos descienden,
Remolques en atmósferas de plata,
Los finos cables de los plenilunios.

CORO DE MUJERES:

Los hombres
Que más se arriesgan,

Podrán decirnos
Que piloto ejemplar deja caer
 La Cruz del Sur
 Desde tan alto,
Desde tan alto,
 Y la mira
 Hundirse
 En los mares,
 Invertida
 Como un ancla!

(Cuarto interludio musical)

ESTROFA V.

POETA:

Máquinas,
 Con el pecho liso y chato,
 Igual que aves marinas,

Se orientan en los rumbos del aire,
 Para detenerse,
Frente a las brigadas en fila de las grúas.
Turnos de las dársenas.
 Río de Janeiro.
 Montevideo.
 Buenos Aires.
Con el índice en lo alto,
 Yo dibujaré esas trayectorias de mañana!

CORO DE HOMBRES:

Ya vienen,
Paradigmas de armadas imágenes
 Que desde la frente del hombre
 Ascienden,
A escoltar las antiguas falanges,
 De los ángeles fieles.
Grisés hangares,
 Libertan al cielo

Racimos de aviones
De varios colores.

Rápidos husos,
Devanadores de ecos,
Y humo por los espacios!

Grandes mariposas fenicias.

CORO DE MUJERES:

No. Son aves sutiles.
Se perfilan desde muy lejos,
Y tan delicadas son,
Como el humo azul,
Que en las iglesias anuncia el rito,
Y sólo se revela
En la franja de sol,
Del ventanal.

Saben mantenerse intactas
En el seno de la tormenta y de la nieve.

POETA:

Conducen los tesoros de ciudad en ciudad.
O hecha la metamorfosis,
De los números pitagóricos
En inspiradas abejas de acero,
También avanzan éstas,
Buscadoras de estambres
En los penachos de los hangares.

CORO DE HOMBRES:

El otro polen fecundador codician.
Las urbes las atraen
Con dádivas de miel,
Allí,
En estratificados alvéolos de formas cúbicas,
La luz y el oro brillan....

CORO DE MUJERES:

Turnos de los palacios.
Buenos Aires.
Montevideo.
Río de Janeiro.

Resplandecientes,
En la dicha de la dorada luz,
Que por las cornisas llueve sin cesar,
Los rascacielos.

Panales de las libras esterlinas.

CORO DE HOMBRES:

Turnos de esas torres

Donde anidan aviones.

De noche, los torreones, heraldos

Con máscaras de ásperos cementos

Y luminosas letras,

Girando, mágicas leyendas comerciales anuncian,

Como actores trágicos antiguos

Hieráticos sobre altos coturnos,

Mandamientos

De dioses

Trasmitían!

(Quinto interludio musical)

ESTROFA VI.

POETA:

Yo soy el metafísico pasajero

Del índice en lo alto.

Me veréis sembrando

En los canales de entrada de los antepuertos,

Al caer la tarde,

Una vía de boyas luminosas.

Flecha en el mar,

Indicadora, para los nocturnos

Viajeros de los aires.

Con el fin de no extraviarme

En el laberinto de los retornos,

Señales más señales,

Son esas lámparas que dejo caer del corazón.

Después de esa siembra errante,
Me detengo y la contemplo.

El polo sur,
Renovando las piedras antiguas
De la cruz austral, dícame:
— Hazla girar sobre tu cabeza
Con movimientos de honda.

CORO DE MUJERES:

El timonel de las constelaciones de otoño,
Festeja el término
De los últimos raids latinos,
Haciendo salpicar
Los cielos y las aguas,
Con una lluvia de estrellas fugaces.

POETA:

Enseñaré, si puedo,
Poeta de este nuevo continente,

Como terminan por hoy
Los juegos y los trabajos de los aviadores.

CORO:

Silencio del nuevo mundo.
Los aeroplanos
Desaparecen en abanico,
Trazando la triangulación,
De los límites del cielo.

Grisés hangares
Libertan al cielo,
Racimos de aviones
De varios colores.

POETA:

Icaro,
Primer capitán aviador,
Despréndese de mis músculos poco a poco.
Y contagia su vértigo a las hélices.

SOLEMNE Y GRANDIOSO CORO FINAL:

El semidiós asciende rápidamente.

Vira hacia las repúblicas fraternas.

En el crepúsculo

Distiende sus brazos,

Mal encadenados de ascuas.

Nos saluda.

Adiós!

Tres veces, adiós!

La hoguera envolvente

Que parece producir el roce de su cuerpo,

No lo calcina ya.

Y él se va, por fin, en ella.

Feliz navegador,

En su propio elemento de llamas

Como en un río.

(Exodo musical)

FIN.

MONTEVIDEO 1925 - 1930

LAUS DEO

EMILIO ORIBE

ÍNDICE

	Pág.
El canto celeste y perdido.....	7
Allá, por los orígenes	11
Los pájaros de oro.....	15
Desobediencias	19
Imperativo de creación	23
Un río de América	31
Una voz en las almas	37
Emigración sin gloria	43
Espectáculo de una tarde de otoño.....	47
Camino de cipreses antiguos.....	53
Misterio de la Doncella y el Ave	59
Música de las colinas.....	85

	Pág.
Retorno y lamento del joven.....	89
Por gozar de la luz.....	93
Exploración hacia otra torre de marfil.....	97
Pedido de perduración.....	103
Sobre un puente de hierro.....	109
La espera del Dios.....	115
María Eugenia Vaz Ferreira.....	119
Libertad de la naturaleza.....	123
Descenso a los Infiernos.....	129
El canto y la sombra.....	131
Elogio de una forma.....	133
Cántico de aviación.....	135

ESTE LIBRO FUÉ COMPUESTO
A MANO CON TIPO ROMANO
ANTIGUO « BLADO » Y SE
ACABÓ DE IMPRIMIR EN EL
ATELIER DE ARTES GRÁFICAS
« FUTURA », QUE DIRIGE
GHINO FOGLI, EN EL MES DE
JUNIO DEL AÑO MIL NO-
VECIENTOS TREINTA PARA EL
PALACIO DEL LIBRO,
CALLE 25 DE MAYO 577
MONTEVIDEO.